

LA OBRA DE VICENTE MEDINA EN LA HISTORIA LITERARIA

MARIANO DE PACO
Universidad de Murcia

Para un historiador de la literatura es de interés primordial la ubicación de autores y obras en su contexto preciso y en sus necesarias relaciones con la tradición literaria. La tendencia desde hace algunos años a la supresión del término *historia* en la denominación de disciplinas literarias, esto es, la conversión de la *historia de la literatura* en *literatura* en los planes de estudio, puede llevar a los poco avisados a la consideración superficial de los textos y hechos literarios como aislados sincrónicamente o agrupables a voluntad, al menos de manera relativa, y, por lo tanto, a analizarlos así al margen de una inexcusable diacronía.

No hemos de olvidar, sin embargo, que llámense como se llamen las asignaturas correspondientes, la literatura está constituida y vertebrada por su propia historia. Como hace tres lustros, cuando amenazaban ya estas simplificaciones, afirmó Francisco Rico, «la literatura, hoy, es la conciencia del ámbito en que sus fenómenos se han producido y continúan produciéndose: la conciencia histórica de sí misma, la historia de la literatura». De ahí que no pueda prescindirse de la adecuada perspectiva en el tiempo y en la historia para la visión cumplida de autores y textos.

Obedecen estas reflexiones propedeúicas a propósito del que juzgo uno de los logros fundamentales de la *Antología poética* de Vicente Medina¹; se trata de la incorporación del poeta y dramaturgo de Archena en una colección de clásicos y de la «valoración» que el editor, Francisco Javier Díez de Revenga, lleva a cabo precisando, como en trabajos anteriores había adelantado, la situación de Medina en la literatura de su época, tantas veces descuidada o, cuando menos, desenfocada.

En 1986 Felipe Pedraza y Milagros Rodríguez dieron un giro a su frecuente preterición al incluirlo en el volumen VIII de su *Manual de literatura española*, dedicado a líricos y dramaturgos de la *Generación de fin de siglo*. Vicente Medina se introduce con amplitud en un apartado del capítulo de la lírica modernista, el del «regionalismo poético». Creo un más que notable avance el que en esta valiosa *Historia* se dedique a Medina

1 Vicente Medina, *Antología poética*, Madrid, Castalia, Clásicos Castalia, 1999. Edición de Francisco Javier Díez de Revenga.

un lugar ajustado; los autores concilian, además, dos hechos irrefutables aunque no siempre bien ponderados: Vicente Medina es un poeta calificable de *dialectal* o *regional* pero es también un escritor que, a partir de esa condición, ha de englobarse en un movimiento que tiene sus orígenes en el desarrollo de *lo propio* que exaltó el romanticismo y, a un tiempo, con el propósito de *verismo* que propició la literatura del realismo y del naturalismo.

Unas frases reiteradamente citadas de Medina en «De mí mismo» (en *La canción de la vida*) se orientaban hacia esa diana: «Géneros: la poesía y la dramática. Escuela: la naturalista. Asuntos: la vida actual, sus luchas, sus dolores, sus tristezas. Tendencias: radicales. En mi labor, dos literaturas, al parecer: regional y general, a mi entender, una sola: lo popular». Pueden sin duda establecerse matizaciones a esas palabras de 1902: el autor no era un teórico de la literatura ni quizá siquiera un gran conocedor de ella, pero no le falta razón, a pesar de esas menguas y de la proximidad que impedía la perspectiva, al mencionar su relación con el naturalismo, al delimitar sus temas, al elevarse sobre lo puramente circunstancial.

Han transcurrido varias décadas desde que José María de Cossío señalara la cercanía de Medina a la estética naturalista; Francisco Javier Díez de Revenga lo caracterizó hace apenas una dentro del «ruralismo premodemista de fin de siglo». Es esto muy cierto tanto en su poesía como en su teatro si advertimos, además, que Vicente Medina se aleja, como veremos, por completo del pintoresquismo vacío que cultivan no pocos autores de su época. Esa imagen superficial ha dañado no sólo la producción de Medina sino su propia figura, que en ocasiones (actualmente incluso en absurdas agrupaciones de nuestra región, protegidas a veces institucionalmente por ignorancia o desidia) se ha colocado como estandarte de unas ideas y usos que no es que él rechazaría sino que, fuera de las hipótesis, repudió abiertamente.

Vicente Medina pretendió, con su producción lírica y dramática, reflejar unos modos de vida que estaban desapareciendo y que, en su opinión, representaban las auténticas costumbres, el verdadero comportamiento y los hondos sentimientos de quienes habitaban la huerta murciana que él tanto amaba. Medina procura en sus escritos algo muy similar a lo que realizaban en sus lienzos algunos pintores de su época: Adolfo Rubio, Juan Antonio Gil Montejano, José Miguel Pastor Ortega, José María Sanz, José Marín-Baldo o su primo Inocencio Medina Vera. Y, en ese medio, Medina (apunto algunos ejemplos de *Aires murcianos*) fija su atención en los seres más desfavorecidos («Nochebuena», III, pp. 76-77), especialmente cuando se ven obligados a dejar su lugar («A otras tierras», pp. 61-63); son infrecuentes los que culminan en la pasión satisfecha («Tempranico», pp. 97-98) o en la placidez del cariño («El calorcico», pp. 99-100) porque incluso cuando prima la dulzura del amor («Naïca», pp. 63-65, «Palabrica», pp. 104-105), o el humor costumbrista («Carmencica», pp. 69-74), las historias se resuelven

en el «airecico helão de la muerte», ¿Y qué decir del patético desamparo existencial que provocan los males de la naturaleza y de la sociedad en «Cansera» (pp. 86-87)?.

Nada más lejos, por ello, de la sensibilidad de Vicente Medina que los festivos escritos en *panocho* de quienes buscaban la diversión o incluso el escarnio a costa de los rústicos huertanos. No desdeña Medina «lo característico» pero no admite su manipulación y lo local es para él un medio de levantarse hasta reflexiones y principios de valor más general. Cuando en 1933 grabó su voz para el «Archivo de la Palabra», recordaba: «En mi tierra se cultivaba un lenguaje llamado panocho, lenguaje de soflamas carnalescas, que imitando el habla regional, la ridiculizaba con acopios de deformaciones y disparates grotescos, me indignaba por eso este panocho. Tal indignación engendró mi ansia de reivindicar el lenguaje de mi tierra, que no era, ni es, otra cosa que un castellano claro, flexible y musical, matizado con algunos provincialismos de carácter árabe, catalán y aragonés [...] tal como yo hablo en mis *Aires Murcianos...*» Por eso, para el profesor Manuel Alvar, que tan bien conoce y aprecia la obra de nuestro paisano, son los suyos no unos textos «dialectales en sentido lato sino castellanos con dialectalismos en sentido estricto».

Vicente Medina no es, en efecto, un escritor que se reduce a lo dialectal; su poesía se inscribe en la órbita del naturalismo; su teatro es equiparable al de los títulos más significativos del drama social y rural; su tratamiento de temas y problemas lo hacen un autor del fin de siglo o, si se quiere, de «el otro 98»; su creación es pronto estimada por Martínez Ruiz, Clarín y Unamuno... ¿Cómo apreciar de modo ecuánime una obra tan desigualmente tenida en cuenta? La valoración con la que Francisco Javier Díez de Revenga cierra su «Introducción biográfica y crítica» pone en el lugar preciso al autor y a su producción, superando menosprecios y evitando inconvenientes excesos. Indica cómo, al comenzar la década de los ochenta, aumenta también la atención crítica hacia el escritor de Archena: reediciones de *Aires murcianos* y de su *Teatro*, monografías (de María Josefa Díez de Revenga y de Manuel Medina Tornero), colecciones de estudios..., pero esa dedicación ha superado, por fortuna, la miopía localista; por eso, Díez de Revenga reconoce ponderadamente que «Medina sobrevive gracias a *Aires murcianos* y a sus nada desdeñables dramas rurales y sociales. Medina es valioso desde el punto de vista filológico, a pesar de sus múltiples limitaciones técnicas» (p. 36). El valor de Vicente Medina reside, en suma, en «dejarnos la lengua, las costumbres y la verdad de un mundo rural deprimido y convertirse en una voz muy personal de la llamada crisis de ‘fin de siglo» (p. 37).

La Introducción de Díez de Revenga se inicia con una aproximación a la biografía del poeta que parte de sus mismos (y numerosos) escritos: nacimiento en Archena en 1866 dentro de una familia humilde cuya ocupación ocasional (una tienda de libros y periódicos) favorece su afición a la lectura; años juveniles en Madrid; servicio militar en San Fernando (Cádiz), donde se examinó para «escribiente»; curiosidad y deseo de nue-

vas experiencias que lo conducen hasta Filipinas. Allí, como ha señalado en su biografía Medina Tornero, «escribía de manera frenética» y publicó sus primeros versos (amorosos, por cierto, y dedicados a una bella nativa) en el diario *La Oceanía*. Al volver a España, se decide a emigrar pero permanece durante años en Cartagena, donde trabaja pluriempleado y colabora en periódicos locales, edita su primera obra (*El naufragio*, 1895), y comienza su «aventura teatral».

Medina escribe un drama, *El rento*, con el mismo propósito (recoger de modo veraz las costumbres y el habla murciana) con el que compone poemas que van apareciendo en la prensa y constituirán luego sus *Aires murcianos*. No olvidemos que en bastantes no sólo hay diálogo sino, además, cierta teatralidad que hacen de ellos una especie de dramas condensados en pocos versos. Tras la buena acogida de *El rento* (en su ensayo cartagenero y en las palabras de Martínez Ruiz), Medina intenta estrenar este y otros textos en Madrid. Algo consigue (*¡Lorenzo!* ... se representa con éxito en el Teatro Español en 1900; al año siguiente, la Compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza estrena *En lo obscuro* en el Teatro Romea de Murcia; y en 1902 se pone en escena *El alma del molino*, en Cartagena) pero Medina afirma (en «De mí mismo») que no consigue «lo principal, que es estrenar en Madrid» por lo que deja de lado su dedicación teatral, mientras desaparece la ilusión de vivir de su trabajo como autor.

Como poeta tiene mayor fortuna y la publicación propia de *Aires murcianos* (1898) es tan bien recibida que una edición de ese título abre en Barcelona en 1899 la Biblioteca «Mignon». La actividad poética aumenta pero el aplauso que merece no sirve para remediar una penuria económica que lleva a Medina a marchar a Argentina. Se establece en Rosario de Santa Fe y se ocupa en negocios que le procuran bienestar económico pero lo apartan de la creación literaria, a la que vuelve por dos acontecimientos luctuosos, el general de la primera guerra mundial (origen de *Canciones de la guerra*, 1914) y el personal de la muerte de su esposa (*La compañera*, 1921). Es la que él llama su «segunda época literaria», que se completa con trabajos editoriales (publicación de la revista *Letras* y de sus *Obras completas*). Pronto vuelven las contrariedades (procesamiento y cárcel) pero ahora no se detiene la dedicación a la literatura. Viaja a París y da una conferencia en la Sorbona, vuelve a España y es recibido en Murcia en 1931 de modo apoteósico, habla en el Ateneo madrileño presentado por Unamuno (en otro lugar lo ha estudiado Díez de Revenga), y vive feliz en Archena hasta que en abril de 1936 vuelve a Rosario y se encuentra de nuevo con la fatalidad de una desgracia social, la guerra civil, y otra personal, el diagnóstico de una enfermedad que desemboca en su muerte en agosto de 1937. La prensa murciana publica poemas que dejó aquí antes de partir, como ha recordado María Concepción Ruiz Abellán, y en Montevideo aparece la que quizá fue su última composición, a la muerte de Federico García Lorca. En esta síntesis biográfica, que he resumido apretadamente, Díez de Revenga pone de manifiesto la íntima relación existente entre la vida y la obra del poeta, hasta el punto de que ésta es reflejo literario de

aquella y la peripecia existencial genera temas y formas de su producción creativa. Para entender la poesía de Medina, en efecto, es imprescindible «situarse en su época y en su realidad vital y personal» (p. 23).

La parte central de la introducción está dedicada a (de)mostrar lo que indica el epígrafe que la titula. «Un poeta naturalista». A pesar de que a primera vista poesía y naturalismo son términos opuestos, en la España de finales del XIX existió una línea poética, que cabe relacionar directamente con el naturalismo, a la que José María de Cossío adscribió a poetas llamados costumbristas o regionalistas. Con la producción teatral ocurre algo similar. Cuando el poeta de Archena escribe sus obras dramáticas, a cuya fortuna hemos aludido, tienen notable cultivo y aceptación por parte del público español dos subgéneros dramáticos, el drama rural y el drama social, en el origen de los que se encuentra la influencia del costumbrismo regional y, por ello, del naturalismo.

Reproduce Díez de Revenga el fragmento de «De mi vida» antes citado, en el que el poeta destaca sus «asuntos»: «la vida actual, sus luchas, sus dolores, sus tristezas...», y a ese respecto y al de la «escuela» indicada («la naturalista») trae testimonios de grandes escritores de su época. Clarín se refiere a la impresión que causan «los hechos, los documentos, las pruebas, que en sus versos se acumulan a favor de la causa de los desvalidos» (p. 28), lo que revela la conexión con el naturalismo. Algo similar puede deducirse de las palabras del poeta Teodoro Llorente, que habla de un nuevo carácter de esta poesía en la que el primordial interés «estriba en las figuras, pintadas siempre con tan delicados toques de observación, que parecen vivas y quedan imborrables en nuestra memoria» (p. 29). José María de Pereda hace hincapié en la relación de Medina con la Naturaleza, lo que constituye «un privilegio de los que obligan» (p. 31) y afirmaciones similares tiene Azorín (todavía Martínez Ruiz) para quien cree «un artista cabal, enamorado del arte, entusiasta de la naturaleza, del campo, de los paisajes de su tierra» (p. 31). Incluso los reparos de Valera (cierta mengua de «pulcritud, limpieza y elegancia de las formas») obedecen a un muy distinto concepto de la poesía y casi refuerzan la adscripción que venimos mencionando. Estos escritores situaban con sus observaciones, quizá sin pretenderlo conscientemente, a Medina «en la literatura de su tiempo» y «dentro de las corrientes estéticas vigentes», aunque no era ésta tarea fácil porque él se encontraba en una onda contra corriente, la del «realismo llevado a su extremo más natural». Creo que sirven como apropiada conclusión de este apartado las palabras del introductor, que advierte en el arte de Medina «la sinceridad, la autenticidad de los ambientes recogidos en la poesía naturalista, pero sobre todo la desnudez de sentimientos expresados sin alambiques ni artificios» (p. 30).

La selección que en esta *Antología poética* hace el profesor Díez de Revenga permite ver a las claras su amplio conocimiento, demostrado en tantas ocasiones, de la obra de Vicente Medina. En la «Nota previa» explica que desea reflejar «los diferentes registros poéticos» del autor pero dando primacía a «su faceta más genuina y original»; por

ello cuenta con el mayor número de poemas *Aires murcianos* (37), sección a la que siguen «Poesías castellanas» (18), *Nuevos aires murcianos* (12) y, con una decena, «Poesía de la emigración» y «Últimas poesías», cuyo cierre, con el de la *Antología*, es el hermoso texto dedicado a García Lorca, «Alarido gitano».

Podemos concluir con las palabras con que Díez de Revenga inicia su Introducción y evidencian su cumplido propósito. La *Antología* sirve para centrar, sin excesos ni timidez, en su lugar de la historia literaria a un creador no pocas veces «relegado a los límites de una región», para mostrar el apreciable alcance de su atención al ambiente y a la lengua que lo rodeaban, para hacer ver que Vicente Medina «es un poeta estimable que refleja toda una época con una particular singularidad, justamente la que hoy despierta el interés de tantos lectores y estudiosos» (p. 8). Es lo que pretende y logra esta *Antología* poética que ha preparado Francisco Javier Díez de Revenga con rigor en su planteamiento y equilibrio en la selección y que la editorial Castalia ha tenido el acierto de incorporar a su colección de *Clásicos*.